

GOYCOECHEA MENÉNDEZ, MARTÍN (1877-1906)

EN LAS SELVAS LEJANAS

I

La fúnebre procesión salió del rancho, semienvuelta entre nubes de incienso, quemado por los muchachos en pequeños braseros de barro cocido, y penetró en la picada que atravesaba la selva de norte a sur. En aquella luminosa mañana de primavera, los albos trajes de las mujeres imprimían una nota de violenta blancura sobre la radiante esmeralda del bosque.

A la cabeza del cortejo marchaba la abuela, llevando sobre su cabeza el diminuto féretro, dentro del cual el cadáver del niño mostraba su rostro delicado y cobrizo, entre una aureola de flores de papel picado y de claveles purpúreos.

El espumoso ñandutí de la mortaja encrespábase a impulsos del viento tibio y perfumado, que venía del naciente. Entre las manos del minúsculo cadáver lucía una rama de arrayán teñida con polvos de oro.

Hacia atrás marchaban las mujeres vestidas con cortas enaguas de algodón silvestre, luciendo sobre el cuello el sangriento collar de corales de gruesas cuentas y colgantes de bronce y enseñando a través de los delicados encajes de las camisas, sus carnes elásticas, de tonalidades brillantes y bronceadas. Algunas de ellas llevaban coronas de azucenas de los arroyos, otras, hojas de *pindó*, la gran palmera en la cual el viento llora su llanto de mil años. Varios chicuelos, tomados de las manos de sus madres, arrastraban guías de enredaderas repletas de tirsos irisados.

Por entre el bosque la procesión seguía silenciosa y lentamente en medio de aquella vida despertada en inauditas lujurias, con estallidos triunfales. Sobre la arena rojiza brotaban helechos de finas hojas, palmas enanas, lirios azulados, rosáceas de violentos perfumes, jazmines violetas, alzándose junto a los dragos destilando sangre y a los mamones que derrochaban oro en la pulpa de sus frutos aromados.

Las trepadoras, surgiendo de la tierra como infinitos haces de músculos desgarrados, se apretaban a los troncos de los cedros, ahogaban a los urundeyes en abrazos mortales, saltaban entre el ramaje, retorciéndose en curvas rabiosas, en espiras mil veces repetidas, iban de un árbol a otro tejiendo doseles fabulosos, y ascendían a la cima de la selva, a la copa de los árboles centenarios, para derrochar toda su savia en pétalos de un rojo deslumbrante o en leves búcaros amarillos, poblados de abejas de alas argentinas y transparentes.

Naranjos vestidos de azahares nevaban sobre el césped los cien mil pétalos de sus trajes nupciales; jazmines blancos erguían sus frentes consteladas con estrellas de cinco hojas; orquídeas policromas tornasolaban el musgo de los troncos carcomidos, y aquí y allí, sobre la arena, en los resquicios de las rocas, en cualquier parte donde hubiera un puñado de polvo o un vaho de humedad, las parasitarias alzaban sus exóticos follajes, entre las cuales el iris agotaba progresiones de un colorido inaudito.

Mientras el cortejo desfilaba silencioso, los monos arrojaban sobre las cabezas de las mujeres y entre los negros crespos de los chicuelos, puñados de hojas; gallinas del monte, de plumaje aterciopelado y amarillos penachos, cloqueaban en la espesura; las calandrias silbaban sus agudas canciones de muchachuelas descocadas, y garzas de crestas sedosas y largas patas rosadas, se emborrachaban de luz con sus ojos fijos en el sol.

Y, entre tanto que la existencia despertaba lujuriosa, celebrando el primaveral advenimiento, el pobre niño muerto cruzaba a través del bosque en su minúsculo féretro, recibiendo la gran nevada de los azahares fecundados, que iban depositando en la hundida cuenca de sus ojos y entre sus labios diminutos y lívidos, un postrer beso de vida agotada, de suave perfume y de doliente ensueño.

II

Ante las ruinas del viejo templo jesuítico, el cortejo se detuvo y el féretro fue depositado al pie del ángel indígena, cuyas largas alas de granito rojo protegían la fuente sagrada. Luego se encendieron las velas de cera oscura, cubriose de incienso el fuego de los rústicos braseros, y la secular liturgia semi-cristiana, viviente en la tradición desde hacía tres siglos, se puso en práctica con todo el encanto de su primitiva ingenuidad.

El alma del niño muerto era ofrecida al Gran Misterio, ante el ángel carcomido por el tiempo y de cuyo vientre partía un chorro de agua sonoro y cristalino. Alrededor del féretro los juncos formaban un nimbo de capullos, entreabiertos levemente ante el dulce calor del mediodía. La abuela entonó los primeros acentos del fúnebre canto guaraní, y las mujeres, hincadas, lo repitieron quejumbrosamente. Todos los rumores de la selva parecieron callar ante aquel doliente clamoreo.

«*Ñande Yara* -decían las mujeres- padre del cielo azul, Señor de las llanuras, de los animales y de los hombres.

»*Ñande Yara*, Señor del huracán, que pones tu voz en el trueno, hiriendo con el brazo de fuego de la tormenta, mientras lloras lágrimas heladas entre el estrépito del granizo asolador.

»*Ñande Yara, Tupá*⁽⁴⁾, Fuerza, Luz, Germen, Esencia, Alma, Forma de todas las cosas, he aquí tu obra que vuelve a tu seno misterioso y eternamente fecundo.»

Aquel canto se esparcía a través de las ruinas con notas quejumbrosas, repletas de inconmensurables melancolías; sus acentos rebotaban en las arcadas carcomidas por el moho, en las columnas truncas y resquebrajadas, en los trozos de bóveda aún subsistentes, y se perdían más allá del ábside cubierta de verdura y en cuyos ventanales las lianas formaban ñandutíes de tallos, de hojas y de flores.

Y las mujeres proseguían clamorosamente:

«Ser bueno, Ser terrible, Ser radiante.

»Eres calor en el sol, fría luz en la luna, fulgor en los luceros, sangriento rastro en las exhalaciones viajeras.

»Eres la noche y el día, el pan que alimenta, el viento que estremece las hojas de los cocoteros, el vagido de los seres que nacen, la sonrisa de los niños que mueren.

»*Ñande Yara*, Color, Perfume, Melodía, Fuego, Luz, Vida, Muerte, Alma de toda cosa, Forma de toda especie, he aquí tu obra que vuelve a tu seno; he ahí tu obra que va a guardar la tierra, entre la humedad que chupan las raíces de los árboles y alimenta la vida de las hojas.»

Las mujeres pusiéronse de pie y acercándose al féretro, imploraron al alma del niño que saludara a los espíritus de sus abuelos en el gran viaje desconocido. Y la pequeña fosa comenzó a cavarse al pie del ángel cincelado por el artista indígena, de cuyo ombligo partía el chorro de la fuente, cristalino, rumoroso, inagotable.

III

Aquella ingenua liturgia guaraní se substituyó, poco a poco, por las oraciones cristianas. Los muchachos repetían las plegarias, ahondando la fosa con sus pequeñas manos cobrizas. La abuela no rezaba ya, y mezclaba sus lágrimas a los largos mechones de su blanca cabellera lacia.

Cuando llegó el momento de depositar el cadáver bajo una capa de *humus* negro y grasoso, se arrojaron albos guijarros al interior de la huesa y las viejas plañideras, desgarrando sus trajes, lanzaron gritos desesperados hacia el cielo. Al clavarse la cruz, las mujeres dejaron de llorar. Secaron sus lágrimas en el sudario de hilo y encaje que orlaba los brazos del rústico símbolo, y prorrumpieron en alegres carcajadas, entre tanto que colocaban sobre la tumba abigarrado montón de coronas de jazmines y guirnaldas de enredaderas blancas, violáceas, encarnadas, amarillas.

Y cuando se alejaron riendo estrepitosamente, arrebujadas en sus recios mantos de algodón silvestre, hendiendo con sus pies desnudos el césped fino y aterciopelado, y moviendo rítmicamente sus caderas de madres valientes y fecundas, el sudario, agitado por el viento, volaba entre los brazos de la cruz, como una gigante mariposa blanca.